

# BONFIL BATALLA: NOTAS PARA UNA SEMBLANZA

*Enrique Florescano*

Los 56 años vividos por Guillermo Bonfil llena una de las biografías más completas, intensas y creativas de un científico social mexicano de la segunda mitad del siglo XX. Formado en la antropología, destacó como un innovador de los métodos, los enfoques y las prácticas de esa disciplina.

Observador crítico de la realidad social, cultural y política de su tiempo, desde sus años juveniles se convirtió en un portavoz de nuevas alternativas para el desempeño de la antropología, y más tarde vino a ser el principal impulsor de una nueva propuesta de participación de los pueblos indios y de las culturas nativas en el proyecto histórico de la nación. A él y a sus compañeros de generación se debe el reconocimiento por el Estado de la condición multiétnica y pluricultural de la sociedad mexicana y la creación de nuevos programas e instituciones dirigidos a reconocer esa realidad.

Junto a estas tareas, Guillermo Bonfil asumió otras que lo convirtieron en un ser enriquecido por múltiples experiencias: profesor y formador de nuevas generaciones, revitalizador de las instituciones dedicadas a la antropología y la conservación del patrimonio cultural, creador de espacios para ejercitar con libertad el análisis de la realidad social, promotor de nuevos proyectos antropológicos, tales como el cine etnográfico, el estudio de las culturas populares y la revalorización de la música, la danza y las artesanías de los grupos étnicos.

Formado por los creadores de la Escuela Mexicana de Antropología, para quienes la investigación etnológica estaba indisolublemente ligada a la transformación de la realidad social, Guillermo Bonfil aspiró a traducir la reflexión en acto, y fue un practicante de la transmisión inmediata del conocimiento especializado a los sistemas de enseñanza y el conjunto social, tarea para la que diseñó libros, lanzó

nuevas propuestas museográficas y experimentó el uso de los medios masivos de comunicación.

Una de sus épocas más febriles y gozosas fue aquella en que, con un grupo entusiasta de colaboradores, imaginó, proyectó y realizó, con recursos mínimos, el Museo Nacional de Culturas Populares: una propuesta que en su concepción, museografía y público al que se dirigía, iba a contracorriente de la oferta cultural de las instituciones establecidas y del «México imaginario» contra el que concentró sus críticas más agudas. Su obra entera está marcada por esa disposición hacia la comunicación y la apertura con el México negado y oprimido. No es un azar que su libro más personal, *México profundo*, se convirtiera, inmediatamente después de su aparición, en la obra de mayor venta e impacto público entre todas las de su género editadas en el siglo XX.

*México profundo*, su obra más original, desenfadada y exitosa, es un alegato en favor de «un proyecto nacional organizado a partir del pluralismo cultural y en el que es pluralismo no se entienda como obstáculo a vencer sino como contenido mismo del proyecto, el que lo legitima y lo hace viable»; es un iracundo «memorial de la ignominia» que registra las múltiples formas de negación, aplastamiento y explotación de los pueblos y las culturas indias de México, y es una propuesta utópica: «construir una nación plural, en la que la civilización mesoamericana, encarnada en una gran diversidad de culturas, tenga el lugar que le corresponde y nos permita (...) querer ser lo que realmente somos y podemos ser: un país que persigue sus propios objetivos, que tiene sus metas propias derivadas de su historia profunda». Quizá algunas de las tesis y conclusiones de este libro no resistan la prueba de la crítica y del tiempo. Pero de lo que no cabe duda es que *México profundo* es la gran y singular obra que, a finales del siglo XX, sistematizó con un vigor intelectual inusitado el memorial de agravios de millones de mexicanos pasados y presentes, y actualizó el reto de construir un proyecto de desarrollo nacional en el que de verdad participen los componentes negados y explotados de la nación.

La biografía intelectual, profesional y política de Guillermo Bonfil tendrá que elaborarse siguiendo el cauce de la gran tradición del pensamiento social mexicano en la que él se nutrió y en la que ubicó su actuación y su obra. Forzosamente deberá incluir su formación decisiva en la Escuela Nacional de Antropología, entonces estimulada por una constelación de grandes maestros que innovaron la concepción y la práctica antropológicas, y discurrieron nuevos modelos de rescate de las culturas aborígenes, integración étnica e identidad nacional. Esa biografía debería insertar su trayectoria personal con la rebelión estudiantil de 1968, el movimiento que definió una nueva actitud de su generación sobre el modelo de desarrollo que seguía el país y se convirtió en el reclamo nacional más vigoroso de ejercicio efectivo de la democracia. La biografía de Guillermo Bonfil tendría, asimismo, que darle cabida al desasosiego, la frustración, la desesperanza y la impotencia que invadieron a vastos sectores de la sociedad como consecuencia de la crisis económica, política y moral que por más de una década sumió al país en una encrucijada sin horizonte visible. Sus disquisiciones y sus obras de estos años son una protesta contra esa situación y una búsqueda de otras alternativas.

La biografía de Guillermo Bonfil está marcada por esos flujos colectivos y por las injusticias y proyectos políticos contra los que se rebeló. Y a su vez, su persona, su conducta y los valores que impuso en su vida de relación, marcaron nuestras vidas, definieron formas de trabajo, amistad, respeto y tolerancia que enriquecieron la experiencia de quienes tuvimos la fortuna de compartir una parte de su intensa trayectoria personal. En la revista *Nexos* y en la Fundación *Nexos*, proyectos que él animó y ayudó a construir, diseminó esos valores que nos acostumbramos a ver como una parte natural de su persona.

Un rasgo de la personalidad de Guillermo Bonfil, que primero me atrajo y selló mi larga amistad con él, fue su respeto a las opiniones, las ideas y el trabajo de los demás. Guillermo era un verdadero practicante de la tolerancia, un ser respetuoso de las opiniones y la iniciativa ajenas. No había en él la disparidad, muy común, entre lo que se predica en el discurso y lo que se hace efectivamente en la vida de todos los días. Como director de instituciones, proyectos y formas de trabajo colectivo, Guillermo de verdad practicó la democracia y la pluralidad: respetaba las opiniones contrarias, estimulaba el quehacer de los demás, invitaba a participar a talentos diversos, aun cuando no compartiera los principios que movían a esas variadas individualidades.

Otro rasgo que me infundió un respeto que nunca declinó, fue su ética profesional. Profesor, investigador, coordinador o director de instituciones, en todas esas actividades la norma de Guillermo fue la de ejercerlas con probidad y servir las con entrega y dedicación. Guillermo hizo de su trabajo profesional un acto continuo de coherencia entre sus valores íntimos y las proyecciones sociales de los oficios e instituciones en los que sirvió. Creía que cada trabajo, por sencillo o complejo que fuera, tenía su valor en sí mismo y alcanzaba su máxima gratificación en su cumplimiento. Era un convencido de que el individuo tenía su realización plena cuando se transformaba en un ser socialmente útil. Movido por estos valores, Guillermo puso sus capacidades al servicio de los grupos más desprotegidos y de las instituciones públicas, no a la inversa. En las diferentes posiciones en las que sirvió y militó, Guillermo nunca buscó el provecho, la afirmación o la estridencia personal. Por el contrario, impuso la generosidad y el desprendimiento como normas de la conducta y del quehacer profesional. De él podría decirse que sus acumulaciones y crecimientos individuales se tradujeron en inversiones productivas para el conjunto social.

La probidad intelectual, la conducta ética y la disposición al servicio social se entretejieron en Guillermo con el cultivo de la amistad, la generosidad y el gusto lúdico por las ofertas variadas de la vida. Guillermo alegró y enriqueció la experiencia humana de quienes convivieron y trabajaron con él por su carácter festivo y su disposición al juego verbal, por su capacidad para hacer de las reuniones, la mesa, los viajes, los seminarios y los actos más solemnes, momentos de auténtica convivencia, lugares donde era posible la manifestación de las actitudes, las razones y los sentimientos más íntimos de las personas.

Quiero decir que en las diversas actividades que suman los trabajos y los días de la vida de Guillermo Bonfil, Guillermo nos legó un paradigma de conducta que podría resumirse en las palabras probidad, generosidad, fraternidad y calor vital.

Confirmó, con actos, que los valores abstractos que invocamos para construir la sociedad y el orden político deseado tienen su origen en prácticas individuales diarias y continuas, cuyo ejercicio las transforma en modelos de convivencia y en aspiraciones supremas de la vida social organizada.